COMPENDIO DEL CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

Nº 286. ¿Qué tipo de culto se debe rendir al sacramento de la Eucaristía?

Monseñor José Ignacio Munilla

(Transcripción aproximada del audio)

Número 286 del Compendio del Catecismo.

¿Qué tipo de culto se debe rendir al sacramento de la Eucaristía?

La respuesta es: **«Al sacramento de la Eucaristía se le debe rendir el culto de latría, es decir, la adoración reservada a Dios, tanto durante la celebración eucarística como fuera de ella. La Iglesia, en efecto, conserva con la máxima diligencia las hostias consagradas, las lleva a los enfermos y a otras personas imposibilitadas de participar en la Santa Misa, las presenta a la solemne adoración de los fieles, las lleva en procesión e invita a la frecuente visita y adoración del Santísimo Sacramento reservado en el sagrario».**

¿Qué tipo de culto se le debe dar al sacramento de la Eucaristía? El culto de latría, el culto que se da a Dios, puesto que Dios está presente —la segunda persona de la Santísima Trinidad: Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad está presente en la Eucaristía—. Le damos el culto de latría, de ahí viene lo de «idólatra». Idólatra es adorar lo que no es Dios. Una idolatría es dar ese culto a quien no es Dios y, por lo tanto, uno está cayendo en un pecado de idolatría. El culto de latría se le da exclusivamente a Dios, y se distingue del culto de dulía, que es el que se da a los ángeles o a los santos; o de hiperdulía, que se da a la Virgen María. Pero bien, eso no entra, digamos, en este punto; es sencillamente para que entendamos de dónde viene la palabra *Latría*: el culto de latría es el culto de adoración que damos únicamente a Dios. A los santos no les damos el culto de latría, y a los ángeles tampoco.

Nuestro corazón solamente puede adorar a Dios. Además pasa una cosa, si me permitís un pequeño paréntesis: que cuando no adoramos a Dios, fácilmente hacemos idolatrías, entregamos nuestro corazón a lo que no es Dios. Porque, como se suele decir, en este mundo no hay ateos, lo que hay es idólatras, porque quienes no adoran a Dios acaban adorando a las criaturas, o a la política, o a tantos otros falsos dioses.

Yendo al núcleo de este Punto 286, la Iglesia obviamente cuida ese culto de latría que da a la Eucaristía, así que lo acompaña con muchos signos, puesto que Dios está realmente presente; eso supone por nuestra parte que se tiene que visualizar, se tiene que significar. Tiene que haber signos, porque los necesitamos para entender que allí está presente la Eucaristía. Os leo un párrafo de *Mysterium Fidei*, una encíclica sobre la Eucaristía, que dice: *"La Iglesia Católica ha dado y continúa dando este culto de adoración que se debe al sacramento de la Eucaristía, no solamente durante la misa, sino fuera de su*

celebración, conservando con el mayor cuidado las hostias consagradas, presentándolas a los fieles para que las veneren con solemnidad, llevándolas en procesión...".

Haciendo una genuflexión; hemos ido incensando con el incienso al Santísimo Sacramento; haciendo procesiones del Corpus; haciendo exposiciones del Santísimo Sacramento; capillas de adoración, etc. La Iglesia, que desde el primer momento de su historia creyó obviamente la palabra de Cristo (*Esto es mi cuerpo, Esta es mi sangre*), fue cayendo en la cuenta progresivamente, fue tomando conciencia de que esa presencia de Cristo se prolonga más allá de la Eucaristía. Entonces comenzó a ser reservada la Eucaristía, para llevar la comunión cuando llegase la hora adecuada de poder visitar a los enfermos y llevarles la comunión.

Esa reserva de esa Eucaristía comenzó a ser en unos primeros sagrarios que después se fueron desarrollando más, por lo que se fue recomendando a los fieles que visitasen esos sagrarios y que tuviesen sus ratos de oración en ellos. Llegado el momento, se comenzó a exponer el Santísimo Sacramento, a mostrarlo, a hacer procesiones del Corpus. Es decir, ha habido un crecimiento en la conciencia de la necesidad de expresar, con formas externas concretas, nuestra fe en la presencia real de Cristo en la Eucaristía, porque necesitamos signos.

Es que de nuestra fe en la presencia real de Cristo se deriva que necesitamos signos. ¿Por qué nos arrodillamos delante de cualquiera? Nos arrodillamos delante del sagrario. Cuando pasamos por delante de una imagen de un santo, ¿nos arrodillamos delante de ella? ¿O una imagen de la Virgen María? La genuflexión no la hacemos ahí; la genuflexión la hacemos delante del sagrario. De la fe vienen unos signos, del cuidado de estos signos viene el cuidado de la fe. Quien no cuida los signos, consecuentemente su fe se debilita. El cuidado de los signos es importantísimo.

Se cuenta del Beato Gárate, es un santo jesuita nacido en Loyola, el mismo lugar donde nació San Ignacio, que fue a comienzos del siglo XX el portero de la Universidad de Deusto Se cuenta de él que, siendo el portero de una universidad, pues subía y bajaba dando recados, llevando cosas; pero que él cada vez que pasaba delante de la capilla en la que estaba Jesucristo, allí, se postraba y hacía una genuflexión, una postración. Se postraba en el suelo y volvía a levantarse. Y un portero de una universidad, ¿cuántas veces al día podía pasar delante de la capilla? Cientos de veces. Pues él no se cansaba y tantas veces como pasaba volvía a significar, a visualizar su fe en la presencia real de Cristo en la Eucaristía.

De la fe nacen unos signos, unos signos con los que visualizamos nuestra fe; esos signos son importantes para cuidar la fe, para que no caigamos en la rutina, para que no caigamos en ese tener a Jesucristo junto a nosotros sin percatarnos de lo que supone su presencia. Es importante cuidar también estos signos exteriores con los que la Iglesia ha acompañado la presencia real de Cristo, vivirlos con devoción, vivirlos con intensidad y amor. Porque es obvio que también uno puede hacer una genuflexión de una manera rutinaria, pero la experiencia dice que después de la rutina viene el abandono del signo. Vivamos el signo con intensidad de amor para que ese signo alimente nuestra fe en la presencia real de Cristo en la Eucaristía.